

EL ESCMO., ILLMO. Y RMO. SR.

D. FRAY ANTONIO MONROY E HIJAR,

Unico general de la Orden de Sto. Domingo que ha habido en México.

Nació el Sr. Monroy en la ciudad de Querétaro (1) el año de 1634. Fué bautizado en el convento de San Francisco, que era en aquella época la parroquia; la fuente en que recibió este primer Sacramento se conserva aún, con mucha estimación en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Tomó el hábito y profesó en Santo Domingo de México. Fué doctor teólogo y catedrático en propiedad, de Santo Tomás en aquella universidad; maestro del número, rector del colegio de Porta-Coeli y prior del convento grande; pasó á Roma con el carácter de defensor y procurador general de su provincia; en aquella capital del mundo cristiano, refulgió tanto por su saber y virtudes, que mereció ser electo generalísimo de su Orden; luego que supo esta elección, se fué á postar á los pies del escrutador, que lo era el eminentísimo señor cardenal Altieri, quien lo levantó y llevó á la presencia del sumo pontífice el señor Inocencio XI, ante quien renunció solemnemente el generalato, diciendo: "Santísimo padre, me reconozco indigno del puesto á que me han elevado, y no tengo hombros para tan pesada carga; en tal concepto, le renuncio en manos de vuestra beatitud, para que lo ponga en el sugeto que le pareciera mejor de ella." A esto contestó Su Santidad: "Dios te escogió y puso en la silla de tu padre Santo Domingo; y pues Dios te puso y escogió, él te dará virtud y fuerzas, para que puedas cumplir con las obligaciones de maestro general de tu Orden." Aceptó entonces, é inclinando la cabeza á los pies del pontífice, le dijo: "Pues vuestra Santidad me asegura que Dios me eligió y dará fuerzas y virtud para cumplir con las obligaciones en que me puso, acepto el oficio de maestro general de mi Orden (2)."

El mismo pontífice Inocencio XI, lo honró á poco tiempo, nombrándole obispo asistente al

(1) Consta por la partida de su bautismo que obra en los libros parroquiales.

(2) Relacion de este capítulo general, por Fr. Leandro Lopez, elector por la provincia de Lima, impreso allí.

sacro solio. Gobernó con el mayor acierto su sagrada religion; despues fué electo arzobispo y señor de la santa iglesia metropolitana y apostólica de Santiago de Galicia, y por lo mismo del consejo de su magestad. El rey Don Carlos II, le condecoró con los honores de grande de España de primera clase, notario mayor del reino de Leon, su capellan, limosnero mayor y juez de su real casa y capilla. Confirió el sagrado orden sacerdotal, al eminentísimo señor cardenal de la Iglesia de Roma, D. Fr. Vicente Gotti, religioso dominico y conocido en el orbe literario por su insigne obra de Teología. Fué electo obispo de la Puebla y de Michoacan, á cuyas mitras no pasó, por haberse empeñado con el rey, el cabildo y principales señores de la ciudad; el rey accedió, á lo que tambien deseaba, pues queria y estimaba tanto al Sr. Monroy, que muchas veces le consultaba y escuchaba de su propio puño. Sus relevantes virtudes eran públicas y notorias, pues siempre vistió un hábito de jerguilla; su habitacion era una pieza sin mas adornos que unas estampas de papel y unas cortinas de bayeta; su comida, un poco de pescado; su cama, la que manda su regla; su palacio, parecia mas bien un convento de recoletos. Las cuantiosas rentas de su arzobispado, que ascendian á cien mil ducados anuales, las empleaba siempre en obras piadosas y caritativas. Hizo la enfermería del convento de San Francisco y parte de su vivienda. En los monasterios de religiosos dominicos y mercedarias, reedificó las iglesias, fabricó los dormitorios, erigió varias capillas, y cerró sus clausuras. En su iglesia catedral, costó una custodia de plata de dos varas de alto; un famoso órgano, que se reputa por el mejor que hay en España; adornó el cuerpo del Apóstol Santiago y su altar, con valiosas alhajas de oro, plata y piedras preciosas. En su convento de Santo Domingo, hizo los claustros, dormitorios, refectorio y sala de capitulo, con aquella célebre escalera conocida con el famoso nombre de CARACOL DE MURCIA. Su costosa y selecta librería, la donó al colegio de la Compañía de Jesus, quizá en recompensa de haber recibido

de los padres jesuitas, su primera educacion literaria en el colegio de San Francisco Javier de Querétaro. Repartía en limosnas cuantiosas sumas de dinero, por lo que decian sus discipulos: "Nuestro santo arzobispo no vive; quien vive en él son los pobres, y el santo apóstol, que lo mantiene para bien de su Iglesia."

Eran tan notorias sus relevantes virtudes, que en la funcion solemne que se hizo cuando la canonizacion de S. Pio V, salió en la procesion nuestro Monroy, y el pueblo gritaba: "Tras de San Pio, va otro santo." Sin embargo, era indispensable que este varon virtuoso, se acrisolara aún; así es que en medio de tantos honores como le prodigaran, se suscitaron contra él tan terribles persecuciones, tantas y tan atroces calumnias (quizá por ser americano), que aun trataron de estrafarlo de su arzobispado; mas el rey de España, Don Carlos II, dió un decreto de su propio puño y letra, en que prohibió severmente á todos sus tribunales, conocer en las causas de su santo arzobispo (así lo llamaba); con esto terminaron las animosidades.

Murió en olor de santidad y colmado de honores, en la ciudad de Santiago de Galicia, el año de 1715, á los ochenta y un años de su edad y á los treinta de gobernar su diócesis. En su iglesia catedral, en la metropolitana de Mexico, en la universidad y convento de Santo Domingo, le hicieron esquisitas magnificas, cuyas oraciones fúnebres corren impresas.

Este fué, pues, el señor MONROY, honra de Querétaro, ornamento el mas precioso de nuestra América, honor de su Orden, único mexicano elevado al generalato y que mereció en la Europa ocupar tan brillantes puestos, sin que pueda creerse que estos fueran hijos de la proteccion ó el favor, que no alcanzara en aquella época americano alguno; solo sí, debidos de rigorosa justicia á su mérito, á su saber, á sus virtudes; con cuyas relevantes cualidades, se granjeó los encomios mas sublimes del ilustrísimo Feijóo (3), de Moretti (4), Medina (5), Echarde (6), Alcedo (7), y otros varios. El que suscribe, como su paisano y compatriota, deseara que la memoria de este hombre insigne, fuera perpetua y constante; ya por el honor que resulta á nuestra patria, así como por ser un prototipo digno de imitarse.

Mineral de Xichú, Septiembre 10 de 1844.

PEDRO PEREZ VELASCO.

- (3) Teatro crítico, tom. 4.º disé 6.º mem. 4.
 (4) Diccional. histor. verb. Monroy
 (5) Cron. de S. Diego, t. 567.
 (6) Serip. ordin. predicat.
 (7) Alced. histor.

GALERIA DE PINTORES ESPAÑOLES.

PALOMINO.

El nombre de Palomino se mienta con frecuencia en el curso de estas biografías, como historiador de los pintores de su pais; ahora lo será como pintor. Semejante á Leonardo de Vinci por una parte, y á Vasari por otra, ha querido reunir los preceptos del arte que cultivaba, y contar la vida de los hombres que lo habian gloriosamente cultivado hasta sus dias: en una palabra, ha continuado para España la obra de Céspedes y de Pacheco, bajo una forma mas didáctica, con mas ricos materiales, y componiendo de partes mas proporcionadas, un conjunto mas completo.

D. Antonio Palomino de Castro y Velasco, hijo de D. Bernabé Palomino y de Doña Maria Andrea Lozano, habia nacido en 1653 en la pequeña ciudad de Bajalana. Su familia pasó á establecerse á Córdoba cuando todavia era muy jóven, con el fin de proporcionarle una buena educacion, así es que siguió su curso de estudios hasta la teología y la jurisprudencia; pero en los ratos ociosos se dedicaba con mucha seriedad á copiar estampas. En 1672 el fin de su Valdes Leal, llegó á Córdoba con el fin de pasar algunos dias en esta ciudad, que era donde habia nacido. Palomino tuvo ocasion de presentarle sus ensayos: Valdes Leal lo animó, le dió algunas lecciones generales, le indicó la manera de dirigir sus estudios solitarios, y le dejó finalmente iniciado en el arte de la pintura. Palomino despues de la ausencia de su maestro, continuó estudiando las letras y las artes y caminando á igual paso en las dos carreras. Tres años despues, el obispo de Córdoba le habia ordenado de menores, y el pintor Juan de Alfaro, que llegaba de Madrid, lo calificaba en estado de poder tomar un asiento entre los distinguidos artistas de la capital. Sin embargo, hasta 1675 que Alfaro hizo un nuevo viaje á Córdoba, fué cuando Palomino provisto de cartas de recomendacion de este artista, se dirigió á Madrid con el encargo de concluir algunas obras que habia dejado bosquejadas su amigo Alfaro.

Atañido entonces á los diversos conocimientos que ya poseía, el de las matemáticas, que estudió bajo la direccion del padre Jacobo Kresa. Estimado de Carroño, ligado con estrecha amistad con Claudio Coello (del cual hablaremos en otro articulo), casado con Doña Catalina Bárbara Perez, hija de un enviado cerca de los Cantores Suizos, y nombrado pintor del rey en 1688, Palomino ocupó desde entonces un distinguido rango entre los pintores de su pais, y fué encargado por todo el resto de la vida de obras de consideracion. Testigo de la recepcion

de Luca Giordano en Madrid en 1692, tuvo que lamentar la muerte de su amigo Coello, ocasionada por el pesar que le causó la llegada de ese artista extranjero. Un poco tiempo después, cuando se encargó a Giordano el que pintara las bóvedas del Escorial, Palomino fue encargado de indicar al artista italiano, que era poco teólogo, la concordancia posible entre los textos y el arte. Palomino desempeñó tan perfectamente esta delicada comisión, que Giordano entusiasmado besaba los bocetos, diciendo: "Esto en verdad está ya completamente pintado."

En 1697 Palomino hizo un viaje á Valencia, donde pintó al fresco el presbiterio, y la cúpula de San Juan del Mercado, obra que le hizo grande honor como erudito y como artista. Pintó igualmente en Valencia la bóveda de Nuestra Señora de los Desamparados. En 1705 fue llamado á Salamanca para pintar al fresco, el coro del monasterio de San Estevan, donde representó por medio de ingeniosas alegorías la iglesia militante, y la iglesia triunfante. En 1712 pintó en Granada la cúpula de la Cartuja, donde representó en lo alto de la iglesia á San Bruno, cargando el mundo en las espaldas. Palomino, á quien se encargó en Madrid el erigir los arcos triunfales para la entrada de María Ana de Neubourg, muger de Carlos II, recibió también la comisión en 1714, de adornar de pinturas alegóricas el catafalco de la reina María Luisa de Saboya, muger de Felipe V. Los últimos años de la vida de Palomino, fueron consagrados á los trabajos literarios que había comenzado desde mucho antes. En 1723 se interrumpió su estudio, porque tuvo que ir á pintar la cúpula de la Cartuja del Paular. El último volumen de su obra se publicó en 1724. El año siguiente murió su muger, y Palomino, que estaba ya enfermo, ordenó que le administraran los sacramentos; mas no espiró sino hasta el 13 de Agosto de 1726, y fué enterrado en la misma sepultura que su muger, en la iglesia de San Francisco de Madrid.

Las numerosas obras de pintura, sea al fresco ó al óleo, que ha dejado Palomino, pueden ser colocadas en primera línea, de las que produjo esa época de decadencia y abandono. Se ve sin embargo, un dibujo correcto, un colorido conforme á los asientos y las vestiduras propias á los personajes; pero se nota un cierto estudio para hacer resaltar cuanto es posible, unas figuras comunes, y sin nobleza. Serrecoche sobre todo, la huella de conocimientos extranjeros, al arte que poseía Palomino. Su pintura es erudita como lo es siempre en las escuelas que se hallan en decadencia, en tanto que en las escuelas que nacen, se manifiesta mas bien con ignorancia y simplicidad.

Palomino existió en una época, semejante á

los tiempos de la literatura, en que se disienta mucho, pero no se adelantaba nada; en que se aprendía la teoría, y se olvidaba la práctica; en que, por fin, se indagaba maravillosamente por qué y cómo se formaba un maestro, y en que sin embargo, se había perdido el secreto de llegar á serlo. Esto es lo que Palomino hizo como escritor. Bajo el título oscuro y ampuloso de *Museo pictórico y escala ética*, publicó tres gruesos volúmenes en 49, de los que los primeros, contienen las lecciones de pintura, es decir, los procedimientos y enseñanza de las diversas partes del arte, y el tercero lleva el título especial de: *Parnaso Pintoresco Laureado*, y contiene las biografías de los pintores españoles, desde el viejo Antonio Rincon, que murió en 1500, hasta los contemporáneos del autor. Esta última parte de la obra es muy preciosa; en primer lugar, por que fué la primera publicación que sobre esta materia se hizo en España, y en segundo, porque están compilados los hechos mas interesantes esparcidos en multitud de manuscritos, y que probablemente habrían quedado sepultados en el olvido. Sin embargo, es una compilación poco juiciosa de las tradiciones de su tiempo. Al lado de acontecimientos serios y graves, figuran cuentos inverosímiles de taller. Muchos errores y anacronismos se advierten también en las narraciones escritas con una mezcla de sencillez, y de pedantería propia de la época. En fin, la parte crítica de la obra se limita, á tributar elogios á poco mas ó menos iguales los unos á los otros. Es una fortuna que Cean Bermudez, aprovechándose de los trabajos de su antecesor, haya tenido la conciencia de ocurrir á las fuentes primitivas, para rehacer corregir y arreglar la obra bajo un nuevo plan.

(Traducido para el Museo por M. P.)

ENSAYO DE UNA CARPOLOGIA.

XVII.—NUEZ.

HISTORIA: El nogal real, segun Plinio, es originario de Persia; algunos han reconocido en el árbol llamado por Teofrasto *Caryon*, el nogal en la América Septentrional se han descubiertos nuevas especies, hallándose muy abundantes en diferentes puntos de nuestra republica mas de cuatro de ellas, ademas de la europea, que se ha multiplicado bastante. El nogal estaba entre los griegos consagrado á Júpiter, y *Juglans* equivale á *Jovis glans*.

GÉNERO: Flores monoicas; los machos en ramas alargadas que se componen de cinco á seis escamas soldadas juntamente, sobre las que están insertos de doce á veinte estambres; las hembras solitarias ó reunidas á la estremidad de los ramos, están formadas de un cáliz doble

adherente con el ovario, que es infero y cuyo limbo ofrece cuatro divisiones; este ovario, que es unilocular y monospermo, está sobremontado por dos estigmas espesos y divergentes. Fruto drupa seca que se designa con el nombre de nuez.

SINONIMIA: Griego: *Καπία κερκωή* Teoph. hist. I. 18, 3. 7; hebreo: *egon* Bibl. Cant. 6. 10; italiano: *nocce*; portugues: *nagueira*; frances: *noyer*; inglés: *walnstree*; aleman: *nussbaum*, *walnuß*; holandés: *ochernottenboom*; danés: *noedetra*; sueco: *valnoetraed*; polaco: *orzyszyna*, *sihska*; ruso: *greziak orchi* [nucce griegas] húngaro: *glass-dio*; armenio: *angus*; chino: *ho-tao*.

ADUMBRACION: *Nux juglans*. Dod. Pempt 816; *nux juglans* sive regia vulgaris. C. B. P. 417. T. c. 19. s. l. g. 1; *juglans foliolis septenis, ovato-hancocatis integerrimis*. Hall. helv. n. 1624; *juglans regia: foliolis subovatis, ovalibus, glabris, subseratis, inaequalibus*. L. monoc. poland. sp. pl. Lmh. et Roz. terebintaceas juss. tribu de las yuglandaceas.

FRUTO: Considerado por unos como una drupa, Cavailles hace observacion que abriéndose naturalmente en cuatro ventallas debe llamarse caja; otros la tienen por una verdadera nuez, haciéndolo tipo del fruto designado con este nombre y que se diferencia de la drupa por el espesor de un núcleo formado por el endocarpio endurecido y osificado. La nuez es fruto de Otoño y está desprovisto de endosperma.

PROPIEDADES FISICAS: Forma oval arredondada de color verde, glabra y marcada con un surco longitudinal; la corteza ó cáscara, (zucum) que es el pericarpio, es carnosa, amarga, muy acerba y estiptica, picante y de olor fuerte y aromático. El endocarpio, que es la cáscara que mas próximamente contiene la almendra, es de un color leonado ó de madera, de dos válvulas; espesa, firme, frágil, como testacea, surcada á su superficie, casi inodora; contiene una almendra irregularmente sinuada, como cerebriiforme, cuadrilobulada á su base: sus lóbulos separados por tabiques membranosos. Está cubierta de una película amarillenta muy delgada, y quitada es de color blanco, sabor dulce, oleoso, agradable.

PRINCIPIOS: El pericarpio contiene, segun el profesor Pfaff de Kiel, una cantidad considerable de tanino, contiene ademas ácido gálico y una materia resinosa particular que ofrece el olor y sabor propios de él. La película que envuelve la almendra contiene probablemente cierta cantidad de tanino. La almendra está formada de fécula, y amarga de la mitad de su peso de un aceite graso muy dulce, amarillento, sicativo, que no se concreta por el frío.

PROPIEDADES HIGIENICAS: No convienen á sugetos de estómago débil tomadas en abundancia, porque son indigestas, si bien menos de lo que podría esperarse del mucho aceite que contienen. Se les acusa producir uretritis; pero esto apenas podría suceder en sugetos que ya han sido atacados por dicha enfermedad, ó cuyo aparato genito-urinario fuese muy irritable; y las anginas que se les atribuyen, pueden mas bien ser originadas de partículas sutiles que estando muy frescas quedan adheridas á las fauces; cierto barniz resinoso; ó finalmente de su rancidez estando viejas.

PROPIEDADES MEDICINALES: La corteza ó pericarpio es tónico-astringente, y provocando las contracciones intestinales antihelmíntica, lo que Platner y Fischer han confirmado por observaciones. Es útil en gargarismos en algunos casos de tisismo, á lo exterior como repercurativo y deterivo. La almendra, privada de su epidermis es suave, relajante, emulsiva, dulcificante; segun Hipócrates, es útil en gran cantidad para espeler los gusanos chatos, lo mismo que el aceite: ambos enraciados son irritantes.

PREPARACION: 1ª El tronco da por incision un liquido mucilaginoso y azucarado que convenientemente espesado tiene las propiedades de la miel y del que MM. Barruel y Banon, han de diversos modos, sacado azúcar.

2ª Entre las especies indígenas de nuestro suelo, las principales son, 1ª la llamada quahuacacoat (Hern. hist. pl. N. H. t. 3. lib. 16, cap. 87) el fruto es muy semejante al que queda descrito y que se llama de Castilla, aunque no filtan quienes den á esta ese nombre: es de una forma ordinariamente globulosa ó oblonga; pero mas pequeña que la anterior; su pericarpio verde amarillento, de cuatro rejos ó ventallas longitudinales, es carnoso, glabro, de costillas poco notables; casi iguales en número, ó dobles que las ventallas, con las propiedades que se observan en la especie precedente. El endocarpio es liso, huesoso, del mismo color que el anterior; pero mas espeso, menos frágil, y apenas se advierten desigualdades á su superficie, casi inodora, y presenta dos válvulas, que apenas se abren cuando la nuez es muy vieja: ésta en su interior está dividida á lo largo por un tabique en dos cavidades que se comunican por un agujero practicado á su vértice en lo interior, de figura oval: dicho tabique está formado por una prolongacion del endocarpio, el que manda ademas tantas otras prolongaciones cuantas cavidades se notan en la almendra; estas cuando ya estan secas son friables, astringentes y amargas, y en estado fresco glutinosas.

La almendra está dividida profundamente en dos lóbulos ó coitiledones carnosos, espesos,

amarillentos, unidos por la radícula que aparece á la base acuminada, y los lóbulos subdivididos en la faz esterna de cada uno de estos se observan cuatro surcos ó gotieras profundas separadas entre sí por tres crestas, de las que una es comun á ambos cotiledones y otra propia á cada uno de ellos y así las gotieras, de las que dos son comunes y dos propias: la cresta comun y media y las dos gotieras centrales, se dirigen comenzando por el vértice de los cotiledones, á lo largo, descendiendo pasan por la radícula que es la que forma á dicha cresta, y esta es abarcada por los surcos; luego subiendo van á terminar á igual punto del que partieron en el otro cotiledon: á los lados externos de estos surcos están los otros dos mas cortos, casi igualmente profundos y siempre longitudinales. La faz interna, es plana, con eminencias y concavidades mucho menos marcadas.

Este árbol presenta hojas impari-penadas, con el impar siempre peciolado, foliolos lanceolados, algo aserrados y con la base esterna de la hoja mas corta, siete á nueve foliolos.

Adumbracion: Juglans alba, foliolis septenis lanceolatis, serratis, impari sessili. Mill. Dict. n. 4. Kalm. inact. Stock. 1769; juglans alba fructu ovato, compresso profunde insculpto durissimo cavitate intus minima. Gron. virg. 190. 150. Nux juglans alba virginiana, Park. theat. 1414. car. l. p. 38 t. 38; Nux juglans virginiana alba minor fructu nucis moschatae simili cortice glabro summo fastigio velut in aculeum producto. Pluk. alm. 254. t. 300 f. 21

29 Otra especie de fruto fusiforme; por lo demas muy parecida á la anterior; algunos hallan mas sabrosa á esta que á la precedente, y á ambas mas que á la primera. Lleva el árbol hojas impari-penadas, con trece foliolos casi aserrados lanceolados y con una base mas corta.

Adumbracion: Juglans cinerea; foliolis undenis, lanceolatis, basi altera brevior. Medic. in obs. soc. econ. Lutr. p. a. 1774. p. 230. Juglans (oblonga) foliolis cortado-lanceolatis inferne nervosis, pediculis foliorum pubescentibus. Mill. Dict. n. 3; nux juglans virginiana nigra fructu oblongo profundissime sculpto. Duham arb. 141

Finalmente, hay otras de que no tenemos sino noticias, como la silvestre, la pacana ó pacarina (Juglans peca Walt, oliveformis Michaux nigra L.) la micocarpa, y por último la de Uriqui de las inmediaciones de Tepic, y que recordamos ser de un sabor semejante al de la de Castilla, de endocarpio lapideo, muy grueso, surcado á lo exterior, de cavidad muy pequeña, no presenta válvulas, de forma globulosa; acaso es el que en otras partes llaman nuez ó nogal silvestre ó cimarron, si es un verdadero nogal el de su origen.

[Continuará.]

FUNDACIONES.

Convento de Capuchinos de México: se fundó el año de 1665.

Colegio apostólico de Ntra. Sra. de Guadalupe de Zacatecas. En donde hoy se halla la Iglesia, que es al pié de la sierra, distante pocas de dos leguas de Zacatecas, se hallaba antiguamente una ermita arruinada, con la advocación de nuestra Sra. del Carmen. En este estado la donó jurídicamente D^a Gerónima de Castilla (á quien pertenecía) el año de 1676 á las personas devotas de Zacatecas, para que se edificara un santuario estramuros de la ciudad, á imitación del de México. Con las licencias necesarias, y limosnas que del comun de los fieles se colectaron, se edificó el santuario, se puso en él un capellan, y se logró la licencia para establecer una cofradía. El ayuntamiento de Zacatecas deseando que en aquella capital hubiera un convento recoleto, ofreció este santuario en cuanto estaba de su parte á la provincia de San Francisco de Zacatecas, para que allí se fundara. No se llevó á efecto esta fundacion, ni se hizo otra diligencia que la espressa: por cuya causa los párrocos de Zacatecas á quienes pertenecía, la donaron á los padres apostólicos del colegio de Querétaro, para que fundaran un hospicio, entre tanto se impetraba la licencia del rey, para erigirse en colegio. Fundóse el hospicio en 27 de Septiembre de 1702. El padre Fray Pedro de la Concepcion Urriaga, que fué uno de los principales agentes de esta fundacion, pasó á España á impetrar la licencia que se pretendió del rey, cuya piedad se dignó concederla por cédula de 27 de Enero de 1704. Con motivo de haber sido el dicho R. P. Urriaga, presentado para el obispado de Puerto Rico, nombró el R. P. comisario general de Indias, para presidente y fundador del nuevo colegio de Guadalupe, al V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, quien cuando recibió esta asignacion se hallaba cerca del Rio de Paquare, camino de Talamanca, en donde tiene sus misiones el colegio apostólico de Guatemala, y sin dar un paso adelante retrocedió para Zacatecas, á donde llegó con los religiosos que sacó del colegio de Querétaro á fundar el nuevo de Guadalupe, el dia 12 de Enero de 1707. Fué allí su presidente hasta el año de 1713, que se celebró su primer capituló, y en los siguientes le eligieron de su guardiam, y perteneció á aquella casa hasta el año de 1720, que fué el de su dichosa muerte. La iglesia que hoy tiene el colegio, es la misma que algunas personas devotas de Zacatecas edificaron á Ntra. Sra. de Guadalupe, con la adicion por una parte del crucero, y por otra de las dos bóvedas del coro.

(Papeles antiguos.)

EL MONTE VIRGEN.

I.

LOS EMBOZADOS.

—Alto ahí; tú es mato, vive Dios.

—Debería responder á vuestra descortesía con una estocada: pero trazas tenéis buen caballero, de estar demente, y os quiero perdonar la vida.

—Gracias por vuestra generosidad; pero sabed que desde hoy, os mando que no paséis mas por esta calle, y ceséis con vuestras importunas músicas.

—Hola! ¿con que tenéis tantos bríos, señor caballero, que así mandáis á quien de una mirada os puede hacer caer de miedo!

—Miedo, ¡vive Dios! contestó el antagonista, sacando á medias su espada. Os cortaría la lengua; pero no... quiero hablaros en razon, caballero: acercaos y escuchadme.

—Decid.

—Leonor va á ser mi esposa, dentro de tres días.

—¡Leonor!

—Sí, Leonor; sus padres me la han concedido y...

—¡Pero ella, ella!

—Ella se resigna, porque es una hija obediente.

—¡Os burláis, caballero!

—No, á fé mia; lo que os digo, es la verdad: la razon es muy clara; vos no tenéis ni blasones ni dinero, y yo tengo lo uno y lo otro.

—Pero Leonor me ama.

—Será muy posible pero jamás hubiera sido vuestra. En cuanto á mí, me contento simplemente con su mano, que su corazón tarde ó temprano será mio; con que enterado de esto, os repito que nada tenéis que hacer por esta calle, y que vuestras rondas son inútiles, y vuestras músicas importunas.

—Ah! D. Diego, triunfáis de mí, y vais á sacrificar una víctima inocente; pero no os alegréis de vuestro triunfo: es necesario que uno de los dos quede muerto.

—Sed feliz, caballero, y Dios os dé mas calmas: dijo D. Diego, volviendo con desden las espaldas á su adversario.

—Sed vos mas feliz, D. Diego: mañana á estas horas, nos veremos en este sitio.

—Si volveis, os acuchillaré.

—Traeré mi espada, como ahora.

—De nada os servirá.

—Veremos.

—¡Loco!

—Infame! murmuró D. Juan alejándose.

Este diálogo pasaba en una callejuela sombría de Sevilla, á cosa de las diez de la noche: todas las puertas y ventanas estaban cerradas, excepto una, de donde salía una débil claridad.

D. Juan era un joven como de 24 años, y á luz de un farol cercano, hubiera podido reconocerse una fisonomía noble y varonil, aunque un poco desmejorada, quizá por los pesares.

D. Diego, que era el que iba á casarse con Leonor, era ya un hombre de cuarenta años, de facciones duras, gran bigote, y ojos hundidos y pequeños. Luego que concluyeron la conversacion, que acaba de referirse, se emborazaron en sus capas, y cada cual se retiró por extremo opuesto.

II.

EL DESAFÍO.

D. Juan quiso tomar esa noche una resolucion violenta, por no comprometerse sin éxito alguno; pero al otro día tomó las siguientes medidas. En este tiempo un armador de buques próximo á hacerse á la vela en Cadiz para el Nuevo-Mundo, solicitaba colonos ó dependientes que dirigiéndose á México, se emplearan en el trabajo de las minas ó del campo. D. Juan se comprometió á embarcarse en calidad de dependiente de una hacienda del Cardonal; pero añadió al armador que necesitaba llevar consigo una parienta suya. Arregladas estas condiciones, se procuró un criado y dos caballos, y los apostó en una calle cercana á la en que vivía Leonor. D. Juan ademas tenia una llave falsa del zaguán de la casa de su amada, merced á la cual habia gozado dulces ratos de conversacion. Asegurado ya cuanto era posible, se dirigió á las once de la noche, á la calle consabida. D. Diego no se hizo esperar.

—Aun andáis contra mis órdenes, en esta calle, desgraciado mancebo, dijo D. Diego acercándose.

—Ya veis, he cumplido mi palabra.

—Entonces, puesto que vos lo queréis, cumpliré la mia, contestó D. Diego desembolazándose, y sacando la espada.

—Así os queria; no cobarde, ni traidor.

—D. Juan, vais á morir, gritó colérico D. Diego.

—Rezad por vuestra alma, D. Diego; os voy á matar: defendeos.



Monte Virgen

Los aceros se cruzaban como dos serpientes, los combatientes eran diestros, y el triunfo no podía decidirse por ninguno.

Al fin D. Diego exclamó con una voz ahogada: Dios mío, piedad! soy muerto; y cayó al suelo, sin pronunciar una palabra más.

D. Juan se quedó un momento en pie, contemplando á su adversario; mas mirando que no daba señales de vida, lo tomó en los brazos, y lo colocó en el umbral de una puerta, y dirigiéndose con mucho tiento á la de la casa de Leonor la abrió con cuidado y se introdujo hasta su aposento.

El padre Leonor, dormían tranquilamente. La calle estaba envuelta entre las tinieblas, y el silencio. Leonor, arrodillada delante de un Crucifijo, rezaba y derramaba amargas lágrimas.

III.

LA FUGA.

D. Juan se fué acercando silenciosamente, sin atreverse á interrumpir la oración; tanto así era solemne su recogimiento y su hermosura.

—¡Ah Dios mío! decía Leonor, recibe el sacrificio que voy á hacer; borra de mi corazón la imagen adorada de D. Juan.

—¡Leonor! ¡Leonor! exclamó D. Juan entusiasmado.

—D. Juan! ¡Y os habéis atrevido!

—Sí, á echarme á tus pies, á rogarte que te resuelvas á huir conmigo, y viviremos felices: mira, iremos al Nuevo-Mundo, allí en medio de aquella naturaleza llena de vida y de encanto.

—D. Juan, estais pálido, interrumpió Leonor; vuestras facciones están desencañadas, y esa fisonomía desmiente lo que dice vuestra boca; ¡Dios mío! ¡sangre! estas herido....

D. Juan en efecto tenía una fisonomía que denunciaba su crimen: sus labios pálidos en vez de sonreír, tenían un solo movimiento convulsivo.

—Decidme, por piedad, ¿qué tenéis? continuó Leonor, tomando una mano de D. Juan.

—Pues bien, Leonor, todo te lo diré: he matado á D. Diego.

—¡Jesus me valga! exclamó Leonor, ocultando su rostro entre las manos.

—Silencio, Leonor, silencio, porque de lo contrario, podemos ser descubiertos. Vamos, Leonor, huyamos pronto de aquí, los caballos están preparados, y un criado fiel nos aguarda á la vuelta de esta calle.

—Yo huir, D. Juan, no; de ninguna suerte, dijo resueltamente la muchacha.

—Bien, Leonor, entonces ni yo tampoco: nuestras resoluciones son enérgicas y se parecen. Si tú rehusas huir conmigo, me entregaré á la justicia y....

—¡Oh! de ninguna suerte, D. Juan, primero, primero.... No me perdais, D. Juan, no me arrebatéis mi honor, mi virtud.

—Y tú me dices eso, Leonor? Quiero que seas mi esposa, no mi querida, porque te amo, te idolatro, te respeto como á un ángel del cielo.

—D. Juan, D. Juan, con esas palabras me hechizas, siento que no puedo resistir á vuestra voluntad, y que por vos, abandonaré cuanto tengo de mas sagrado en la tierra.... ¡Ah! nunca, continuaré de tono y asustada, nunca abandonaré á mi padre, para huir con el matador de D. Diego.

—¡El matador de D. Diego! repitió el muchacho, sonriendo convulsamente, y sentándose con mucha sangre fría en un escaño: con que.... el matador de D. Diego, no tiene mas arbitrio que entregarse á la justicia, y morir en una horca.

—D. Juan!

—Leonor, maté á D. Diego, porque te amaba, porque iba á casarse contigo, porque se burlaba de mi pobreza y de mi juventud, porque tenía celos de él, y porque además me insultó, y un caballero no debía responder más que con la espada. Le maté en fin, en desafío, como bueno y leal caballero.... Conciuyamos, Leonor: ¿quieres seguirme, ó me abandonas á mi suerte?

—D. Juan!

—Una sola palabra, una sola, Leonor: un sí, y haremos todavía de nuestra vida un paraíso: un no, y grito á tu mismo padre, para que me entregue á la justicia.

—D. Juan! por piedad huid, huid, vos solo.

—No, Leonor, no: te he dicho mi última resolución. Aguardo solo el tiempo que dilate en vaciarse la arena de esa ampoyeta. Además, si no te resuelves, alguna patrulla puede pasar.... Acaso ya será tarde....

Leonor ocultó su rostro entre las manos, y después de un instante de pausa, miró fijamente á su amante: después se echó en sus brazos y le dijo:—D. Juan, me entrego á vos, con todo mi corazón, con la confianza con que me echaría en los brazos del ángel de mi guarda.

—Leonor mío! cuánto te amo.

Los dos amantes se estrecharon, y se dieron un mutuo beso en la frente.

—No hay tiempo que perder, Leonor: vamos.

—Vamos, D. Juan. Dios mío, perdonadme, dijo en voz baja.

D. Juan y Leonor, atravesaron en silencio algunas piezas y corredores, y llegaron finalmente sin ser sentidos al zaguan; mas apenas habia puesto el amante la mano en la chapa, cuando una ronda pasó, oyendo los quejidos de D. Diego, que solo estaba herido, se acercó á él.

—Estamos perdidos, Leonor: todo se ha descubierta; D. Diego va á decir mi nombre, y probablemente vendrán á buscarme aquí.

—Déjame, D. Juan, nos salvaremos, dadme la llave; D. Juan obedeció, y Leonor abrió con resolución, persuadida que con la confusión de las diversas voces de los de la ronda, no habia de permitir que se escuchase el ruido. En efecto, así sucedió, y Leonor entreabrió entonces la puerta, y poniéndose atentamente á escuchar, oyó á poco mas ó menos este diálogo.

Ronda.—¿Quién os hirió?

Herido.—¿No me conocéis, por Dios!

Ronda.—En verdad que no recuerdo....

Herido.—Soy D. Diego de Mendoza.

Ronda.—Perdonad, noble caballero, ¿quién se atrevió á tocaros?

Herido.—El traidor D. Juan de Zúñiga.

Ronda.—Todo lo comprendo. Doña Leonora de Contreras, que iba á ser vuestra esposa....

Herido.—Quería arrebátarmela... pero las fuerzas me faltan: conducidme á mi casa, y buscad al agresor, que debe estar acaso en la misma casa de Leonor. Ese infame, tenia en su poder una llave falsa....

La voz del herido se debilitó, y tres alguaciles se dirigieron á la casa de Leonor. Esta, en el momento que observó esto, salió á la calle, seguida de D. Juan, y cerró la puerta tras sí, y ambos se fueron deslizando por junto al edificio, de suerte, que cuando la ronda comenzó á tocar el zaguan, los dos amantes habian dado ya vuelta á la esquina. En el sitio convenido, hallaron los caballos, en los cuales montaron, y picando espuela, se alejaron de Sevilla con velocidad.

IV.

EL NAUFRAGIO.

D. Juan y Leonor llegaron sin obstáculo alguno á Cádiz, y como ya estaba el buque en disposición de hacerse á la vela para México, se embarcaron, y dos días después estaban ya en alta mar.

Ahora sí, Leonor, le dijo D. Juan á su querida una noche que, sentados en la popa del buque, contemplaban la mar quieta y tranquila, retratando las estrellas que lucían en el firmamento; ahora sí que estamos libres, como el viento que infla las velas de este buque.

—Sí, D. Juan, libres en efecto; pero mi pobre padre, mi honor....

—Y qué te importa todo lo del mundo, alma mía! ¿No me tienes á mí, que te amo tanto? ¿No vas á ser mi esposa? ¿no vamos á pasar una vida de placeres y de amor, lejos de nuestros enemigos, distantes de una tierra, donde tantas lágrimas hemos derramado?

—Es verdad, D. Juan, es verdad; todos estos

Tomo IV.—XIX

2

son motivos de felicidad, dijo Leonor, inclinándose melancólicamente su cabeza en el hombro de su amante.

—Mirad, Leonor, no extrañarás á Sevilla: tambien en México hay un cielo puro y azul; tambien allí se respira el aire embalsamado. No lo dudes, Leonor; aquella tierra virgen, nos recibirá en sus brazos, y nos ofrecerá un asilo de felicidad y de paz. Cuando ya nos unan unos lazos legítimos; cuando tengamos como fruto de nuestro amor un hijo, entonces escribiremos á nuestro padre y él nos perdonará....

En esta grata conversacion estaban, cuando Bartolo de Narvaez, que era el capitán del buque, los interrumpió con su presencia; bien que casi sin hacer caso de ellos, se puso á observar el horizonte con un anteojo de noche.

—¿Qué mirais, capitán, le dijo D. Juan?

—Poca cosa, contestó el marino con indiferencia: una nubecilla que se divisa allá en el horizonte.

—¿Y qué?...

—¿Una friolera! es anuncio de una próxima tormenta. Si el viento no refresca un poco mas, tendremos trabajos.

—¿Creis la cosa muy seria, capitán?

—Al amanecer no estamos en la altura de la isla de Madera, y podemos ganar el puerto.

—D. Juan, dijo Leonor en voz baja y oprimiéndole el brazo, mi corazón me anuncia una gran desgracia.

—Calma tus temores, Leonor, quizá no será nada.

—Quizá Dios quiere castigarnos, D. Juan, y nuestras faltas, alcanzarán á los infelices que navegan con nosotros.

—¡Holá! gritó el marino con voz de trueno, soltad todas las velas, no quede ni un solo pedazo de lienzo ocioso.

La maniobra se ejecutó al instante, y el buque recibió un impulso prodigioso.

Casi volaba como un alcion sobre la mar. La brisa refrescaba mucho. De cuando en cuando se oía como el lejano estallido de un cañón de artillería. La noche se pasó entre la esperanza y el temor.

Al amanecer el día siguiente, el viento calmó, y las velas, flojas, servian solo para aumentar la lentitud del buque.

El horizonte estaba nublado, y el sol apareció entre unas nubes rojas y moradas. La agua del mar tomó un color opaco; y las olas, pesadas y espesas, azotándose contra los costados de la nave, le imprimian un terrible movimiento oscilatorio.

El capitán mandó aferrar las velas, y tomó todas las precauciones necesarias, para resistir al peligro inminente que amenazaba.

El viento fué arreciando, y la mar engruesándose.

Leonor rezaba en su camarote.

D. Juan, pálido, permanecía á su lado sin pronunciar una palabra.

La noche llegó, y con ella las ansias y las congojas para los pasajeros del *San Cayetano*, que así se llamaba el buque, pues habia mucha agua, y la bomba no era suficiente ya.

A las nueve de la noche, un ruido sordo se escuchó. Las nubes de los puntos opuestos del horizonte, se reunieron: y una espantosa lucha de la electricidad, se entabló en el cielo; mientras tanto, la mar se enfurecía cada vez mas, y el viento arrebatava al buque aquí y acullá, como si fuera una leve paja arrastrada por un remolino.

Un rayo tronchó el palo del trinque, y un horrible grito de terror, se escuchó por todos los pasajeros. Los marinos ocurrieron á la bodega, y sacando unas pipas de aguardiente, llenaron sus vasos, y bebieron con la avidéz de un enfermo que espera su salud, de una bebida. El aguardiente es un seguro remedio contra el terror de un naufragio.

Cuatro ó cinco pasajeros rezaban, lloraban, se retorcian las manos, y confesaban sus pecados á gritos.

D. Juan permanecía junto á Leonor; pero ésta perdió todo sentido y conocimiento, cuando el rayo cayó en el buque. D. Juan se acercó á ella, examinó su respiracion, y ni un soplo de vida salia de su boca; sus ojos, entrecerrados, estaban ya sin brillo; sus manos, yertas; su semblante, duro y helado como el mármol.

D. Juan la creyó muerta, y con una fria resolucion salió de la cámara, y se dirigió á la cubierta para precipitarse al agua. En la popa encontró al capitán, sentado, muy tranquilo, silbando una cancion andaluza.

—¿Qué vais á hacer, camarada? le dijo á D. Juan.

—No lo sé, contestó éste casi fuera de sí... Leonor ha muerto, y yo no debo sobrevivir.

—Bien, sentaos aquí, y agarrad bien este cubo, porque una ola puede llevaros. El cielo, el aire, el mar, todo se conjura contra nosotros. ¿No es esto bastante? ¿Es acaso necesario que nosotros pongamos algo de nuestra parte? Tranquilizaos, que en el resto de esta noche, se acabará toda esta faena, y nos marcharemos á la mansion de los pescados. El capitán siguió silbando su cancion, y D. Juan, obedeciendo, maquinalmente se sentó, y se asió fuertemente de un cable. En el resto de la noche, el viento calmó un poco: cuando amaneció, la mar estaba menos fuerte; pero la embarcacion estaba tan destrozada que era imposible escapar.

D. Juan bajó al camarote. Leonor estaba muerta.

—Capitan, dijo D. Juan, estoy resuelto á echarme á la agua; Leonor está muerta.

—Eh! ¿estamos con esas tonteras todavía? Tomad una chalupa, y vos, que sois mas animoso, tratad de poner en salvo á una parte de los pasajeros, que yo me encargo de los demas. El buque no puede tardar en irse á pique. Leonor no estará muerta acaso, y yo me encargo de salvarla, aunque sea su cuerpo; os doy mi palabra que será sepultado en tierra firme; pero obedecedme.

D. Juan prometió obediencia, arrastrado por el imperio y el valor imponente del capitán, y en breve botaron al agua las dos chalupas. D. Juan tomó el mando de la primera.

En cuanto al capitán, se dirigió al camarote, tomó en brazos á Leonor, y se embarcó en la segunda. Apenas se habian alejado diez varas, cuando la embarcacion desapareció en un remolino de agua. Dos marineros que estaban demasiado borrachos, perecieron con el casco del buque.

Dos dias caminaron las chalupas casi juntas; al tercer dia se desviaron hasta perderse de vista, y para no volverse á juntar jamas.

V.

EL ENCUENTRO.

Una tarde de esas puras y difanas, tan comunes en México en los meses de Abril y Mayo, se hallaban dos caballeros en un sitio algo pintoresco de los suburbios de México. Su paso mesurado indicaba que no tenían negocio alguno, y que solamente trataban de distraerse.

—Prodigioso es lo que me habeis contado, D. Juan.

—Ciertamente, amigo mio, que parece una novela de Lope de Vega; pero os juro que es la verdad. Hace hoy justamente tres años que pasó el naufragio, y de ahí proviene que os haya esta tarde promovido conversacion tan ligérbre.

—¿Y decís que no habeis vuelto á saber de Leonor?

—Ni la mas leve noticia. Supongo, que ó la chalupa en que se embarcó el capitán naufragaría, ó que Leonor estaba muerta, ó acaso que el capitán, prendado de su hermosura... ¿quién sabe! es cosa de perder el juicio, y cada vez que pienso en esto, ganas me dan de regalar toda la fortuna que he adquirido, á los pobres, y retirarme á la celda de un convento.

—Locuras, D. Juan, quizás con el tiempo tendreis alguna noticia; pero acabadme de decir cómo os escapasteis. Quedamos en que el capitán os confió á algunos pasajeros, para que os salvarais.

—Dos dias bogamos á la vista de la chalupa donde el capitán se habia colocado con Leonor, á quien yo creia muerta: al tercer dia, el viento nos separó á mucha distancia, y en la noche nos fué imposible reunimos: el cuarto dia perdimos enteramente la otra chalupa de vista; pero columbramos una vela, hicimos señales, y al quinto dia nos recogí á bordo un bergantin de guerra, que nos condujo con felicidad hasta Veracruz. Esto me lo han contado, pues yo fuí acometido de una fiebre cerebral, desde el instante en que perdí la esperanza de reunirme con Leonor. Ya ves, la fortuna me ha favorecido y soy rico; pero la vida me es fastidiosa ó insoportable, y el recuerdo de estas desgraciadas aventuras, me comprime y martiriza eternamente.

—Vamos, amigo mio, es menester una poca de fortaleza. El tiempo y la reflexion os sanarán, y sobre todo, es menester procurarse distracciones: mirad, allí viene una dama tapada. Veamos si nos convertimos en personajes de comedia de Calderon de la Barca.

Los dos amigos se acercaron á la dama tapada, y ésta, que lo notó, apresuró el paso.

—¿Creerías, D. Antonio, que esta dama ha despertado mi curiosidad?

—¡Yaya! mucho mejor, quizá... .

—No, nada de amor ni de aventura deseo: solo pienso... vamos, si el tallo, el cuerpo, el modo de andar, son iguales... ¿Creería que era Leonor... pero no, esto es imposible... .

En esto los dos caballeros se acercaron á la dama, y D. Juan le tocó el hombro, y le dijo con una voz dulce y melíflua.

—Bella incógnita, me habeis recordado tan tristes, á la vez que dulces memorias, que ya que tanto os parecís en el tallo... ¿desearia ver vuestro rostro.

Al oír estas palabras, la dama volvió la cabeza, y dando un grito, cayó desmayada en los brazos de D. Antonio, que acudió á sostenerla.

—¡Ah! es ella, es ella! exclamó D. Juan fuera de sí, y arrojándose á quitar el velo que cubria el rostro de la dama... ¡Ah! Dios mio, es ella! es ella! gritaba D. Juan. ¿Me la habeis devuelto, Dios mio, gracias, gracias! D. Juan cayó de rodillas, y con los ojos bañados en llanto.

En efecto, aunque mas pálida, aunque mas estenuada, era Leonor; la Leonor tan bella y tan amada de D. Juan.

Don Antonio llevó á los dos amantes á una casita inmediata, á fin de que ambos se repusieran de una tan violenta y tan súbita emocion.

El lector calculará todo lo que dos amantes, separados durante tres años y reunidos de una manera tan milagrosa, se dirian... Omitimos por tanto esta parte, y solo contaremos lo necesario para la aclaracion de las maravillosas

aventuras, que se refieren en esta verdadera historia.

—Cuando volví en sí, continuó Leonor estrechando la mano de D. Juan, lo primero que hice fué pronunciar tu nombre. El buen capitán me tranquilizó, asegurándome que te habias salvado. A los seis dias, y cuando ya no teniamos ni agua ni víveres, quiso el Señor que llegásemos á la isla de Madera. Allí me informé de todo lo acaecido, me persuadí que habias perecido. Un mes pasé llorando... .

—Leonor mia! exclamó D. Juan, enternecido.

—Un buque, prosiguió Leonor, que venia de Veracruz, trajo la noticia que un bergantin de guerra, habia recogido y salvado á los que iban en la chalupa. Desde entonces no pensé mas que en embarcarme de nuevo y reunirme contigo; pero Dios dispuso lo contrario, pues en mucho tiempo no se proporcionó embarcacion. En esto se pasaron seis meses, durante los cuales, el capitán, que se habia establecido en la isla, me auxilió con la mayor delicadeza, no permitiendo ni aun que vendiera las alhajas que tenia consigo. Una noche que me hallaba yo sola, en una modesta casita que habitaba, entraron dos hombres enmascarados, me taparon la boca, y me condujeron al puerto, donde me embarcaron en un buque. Ocho dias despues estábamos en Cádiz. Allí estaba preparado un coche; mis dos enmascarados me obligaron á entrar en el, y no paramos hasta el convento de *** en Sevilla, donde me dejaron. Despues supe que mi padre, sabedor de todo, me habia mandado buscar á la isla, y habia ordenado se me tuviera en el convento por todo el resto de mis dias. Tambien supe que D. Diego, restablecido de su herida, se habia embarcado despues para México, con el fin de vengarse y perseguirnos.

Dos años y cuatro meses permanecí en el convento, hasta que se me dijo que mi padre habia muerto en una de sus fincas de campo. Entonces, ya libre, salí de mi encierro, y tributé á su memoria los honores fúnebres debidos, y protesté que, arreglados mis asuntos, volveria al convento, y profesaria. En vez de hacer esto, vendí secretamente mis bienes, y el dia meo nos pensado me embarqué para venir á buscar-te, ó al menos vivir en la tierra que escogimos desde un principio para pasar algunos dias felices. Hace dos dias que llegué á México, y me informé al instante de ti en la posada, y me dijeron cuanto yo necesitaba saber, añadiendo que tus paseos, eran constantes por este rumbo todas las tardes. Estoy ya en tus brazos, D. Juan, y ahora no temeria la muerte si me sorprendiera.

—¡Leonor! ¡Leonor mía! ángel adorable! dijo D. Juan, abrazándola.

Las caricias míticas se repitieron, y el amigo D. Antonio fué testigo de una de las escenas que causan mas envidia.

VI.

EL AMOR, Y EL CAMPO.

Nunca se desarrollan tanto los sentimientos de amor, como cuando se vive en la soledad del campo. Parece que el sol radiante, que se levanta diariamente entre celages de púrpura y de oro, rejuvenece nuestro corazón; que el dulce gorgojo de los pájaros, es una sentida melodía, cuyas vibraciones van al fondo del alma. En una palabra, el murmullo de las aguas, el ruido de los árboles, el soplo aromático de la brisa, el quejido de las palomas, esos paisajes siempre espléndidos, pero llenos de suavidad y de dulzura; todo, en fin, tiene una influencia tan decidida en nuestra felicidad, que es imposible dejar de preferir la soledad y grato silencio de los campos, al bullicio y corrupción de las ciudades.

D. Juan y Leonor se casaron, y casi inmediatamente se retiraron á una finca, situada en medio de un país fértil y hermoso, por el rumbo donde hoy se halla situado Toluca. D. Juan y Leonor fueron felices, y esto era muy natural, despues de tantos sufrimientos y aventuras, y cuando se habían creído separados para siempre.

D. Juan estaba ocupado la mayor parte del día, en las labores del campo y en mejorar su hacienda. Leonor estaba encargada del gobierno doméstico de la casa: así es que cuando se reunían para comer ó descansar despues de haber tenido muchas horas de actividad y de trabajo, encontraban siempre asuntos agradables de conversacion, ó motivos para hablar de su amor y de su felicidad. Los dos jóvenes, bellos, de idénticas inclinaciones, jamas tuvieron ni el mas leve motivo de querrela.

Una noche que cenaban juntos, D. Juan desvió la conversacion que se había entablado sobre el modo de establecer las colmenas, y dijo á Leonor:

—Despues de mucho tiempo, me acuerdo ahora de . . .

—¿De qué, te acuerdas? dime.

—De D. Diego.

—¿De D. Diego? preguntó Leonor, dando á su fisonomía un aire de tristeza.

—Sí, de D. Diego, ¿no has oido hablar de él, despues de la noche . . .

—Ni una sola palabra; ¡pero para qué recordas ahora esos tiempos tan tristes y tan fatales para nosotros?

—Tranquilízate, Leonor mía, no volveré á

hablarte de eso; ¿mas qué tienes? Te has puesto triste.

—En verdad, D. Juan, no lo puedo desmentar. Al oír el nombre de D. Diego, un calorío, ha recorrido mi cuerpo, y mi corazón ha dado un vuelco.

—Son terrores vanos, Leonor, contestó D. Juan, enlazando con su brazo la delgada cintura de Leonor.

—Acuérdate de mis presentimientos cuando íbamos á bordo del buque, en aquella noche tan serena, tan tranquila. . .

—Bien, una tormenta en el mar, es un acontecimiento natural; pero respecto á D. Diego. . . ¡Bah! quizás habrá muerto, nos habrá olvidado.

La conversacion terminó, y en muchos meses los esposos siguieron disfrutando de felicidad.

Un domingo, D. Juan propuso á Leonor un largo paseo á caballo. Leonor consintió, y muy temprano se hallaban en camino, seguidos de algunos criados. Despues de seis ó siete leguas de camino, entraron en un monte muy espeso é intrincado.

Nunca se había presentado á los ojos de Leonor, un lugar donde la naturaleza ostentase mas gallardía, mas vigor, y mas pompa. Eran sabinos antiguos y altísimos, con sus cabezas llenas de heno; eran fresnos, sauces y alhucuetos, entrelazando sus ramas, y formando un espeso toldo de follage. Al pié de estos árboles crecían plantas, flores y arbustos delicados, y para conservar la fertilidad, la frescura y la poesía de este monte virgen, raudales de agua cristalina corrian, y se escapaban por todas direcciones, serpeando, ¡juguetando, escondiéndose por entre las raíces de los árboles, ó bien saltando atrevidos por las grietas de las rocas, y formando pequeñas cascadas de blanca espuma. Una brisa deliciosa movía dulcemente el ramaje de los árboles; y multitud de primorosas y exquisitas aves poblaban aquella soledad y formaban con sus gorgoros un concierto delicioso. Se hubiera dicho que aquel monte, tan desordenado, tan escaberteante, y al mismo tiempo tan bello, había sido la memoria de nuestros primeros padres.

—D. Juan, dijo Leonor á su esposo, apretándole dulcemente el brazo, qué hermoso y qué magnífico es este monte virgen. Créame; espe- rimiento hoy una felicidad desconocida, unas sensaciones indefinibles.

Don Juan, enagenado con la perspectiva, solo contestó dando á Leonor un beso en la mejilla.

Los criados y amos pasaron un río cristalino, y del otro extremo, en el centro de un bosque de rosas y campánulas, dispusieron las provisiones que habían llevado.

Al caer el sol, todos los viajeros regresaron á la hacienda.

—Sabes, esposo mio, dijo Leonor á D. Juan, que desearía vivir ocho dias en este monte virgen. Me parece que en esos sitios tan pintorescos, nuestro amor se había de avivar, y nuestros placeres habían de ser infinitos.

D. Juan no respondió una palabra; pero al día siguiente, mandó construir en el bosquecillo de rosas del monte virgen una modesta casita, y algunos dias despues, seguido de algunos criados, se fué á instalar en ella en compañía de Leonor.

Dejó á la consideracion de los lectores las delicias que disfrutarían los dos esposos, amándose ardientemente y viviendo el uno para el otro. Los reyes mas poderosos, no han sido nunca tan felices como lo fueron D. Juan y Leonor, durante los quince dias que vivieron en el monte virgen. Las mujeres tienen una delicadeza exquisita para disfrutar del amor.

VII.

LOS DOS RIVALES.

Dos meses despues del suceso que acabamos de referir, D. Juan, para asuntos de su comercio, vino á México, y dejó á Leonor en la hacienda, prometiéndole regresar pronto. Un día se encontró con sorpresa en brazos de D. Diego.

—D. Juan, le dijo, ¿es posible que ya no os acordéis de mí, y me guardéis rencor? . . .

—D. Diego!

—El mismo soy, en cuerpo y alma. He venido de ministro de la audiencia. Sabía que estáis aquí, ya casado con Leonor, rico, considerado y feliz, y me alegro de encontrar un amigo.

—¿Cómo, D. Diego! interrumpió D. Juan; ¿me dais sinceramente el nombre de amigo!

—Toma, y por qué no, contestó D. Diego sonriendo. Fuisteis mas diestro que yo, y me disteis una ligera estocada. La muchacha os quiso mas que á mí, y se fugó con vos; despues de naufragios y aventuras, os habeis casado. En cuanto á mí, sané, me casé, se murió mi muger, y yo, fastidiado en España, solicité venir á México, y ya me tenéis aquí. Ningun rencor os conservo, lo juro, todo lo he olvidado; y no quiero mas que vuestra amistad.

—D. Diego, exclamó D. Juan enagenado por la franqueza de su rival, sois muy generoso, y veredas os doy mis brazos.

—Bien, joven, bien; sois muy caballero.

—Y vos de un excelente corazón.

—Dejad á un lado los cumplimientos, y decidme dónde estais establecido.

—A menos de veinte leguas de aquí. Es una bonita hacienda de campo, y os la ofrezco á vuestra disposicion.

—Gracias, D. Juan. . .

—Sin ceremonia; cuento con que vendréis á

pasar unos dias con nosotros, cuando vuestras ocupaciones lo permitan.

—Con efecto, lo desearía; pero me será imposible. Con todo, tengo que excusarme ante la bella Leonor, y pedirle que me perdone, como á vos os lo he suplicado. Fuí necio é injusto. . .

—D. Diego, called, y no traéis de avergonzarme.

—Bien, no hablaremos mas de eso. . .

—Con esa condicion, os admito en mi hacienda, D. Diego.

—Y decidme, ¿tendréis por allí abundante caza?

—¡Oh! muchísima y un sitio delicioso, en el Monte virgen; vereis . . . venid lo mas pronto.

—Bien, os prometo estar dentro de quince dias con vosotros. La caza es mi pasion favorita. Haremos algunas expediciones.

—Todo lo que queráis haré por complaceros.

Los dos antiguos rivales, se separaron mas amigos que nunca, y dándose míticas seguridades. D. Juan partió al día siguiente para su hacienda, á contar á su muger lo ocurrido, y á hacer algunos preparativos para la recepcion de D. Diego.

VIII.

LA VENGANZA.

D. Juan llegó lleno de gozo y de buena fé, á anunciar á Leonor la reconciliacion con su antiguo rival; Leonor se llenó de tristeza y de negros presentimientos; pero D. Juan la tranquilizó, y no pensaron sino en recibir dignamente al huésped.

El día fijado llegó en efecto, y fueron tan liasonjeras y al parecer tan llenas de sinceridad sus palabras, que Leonor se tranquilizó, hasta el grado de avergonzarse de sus sospechas y temores.

Ejstose el día para la cacería del Monte virgen, y muy de madrugada se pusieron en camino los tres personajes de nuestra historia, seguidos de multitud de sirvientes. La comida se verificó en la casita del bosque de rosas, y en seguida D. Diego propuso á D. Juan, el que fueran á perseguir á los venados.

D. Juan aceptó; y apenas se hubieron separado, cuando un venado salió de unos matorrales, y se encumbrió por las lomas.

El venado contenía su carrera á cada momento, y los cazadores, con la esperanza de poseer un buen tiro, lo seguían.

Los que conocen y tienen aficion por la caza, no crearán inverosímil que nuestros cazadores gastaran en esta ocupacion muchas horas, seducidos por la esperanza y el deseo de apoderarse del animal.

Eran las seis de la tarde cuando llegaron á lo mas alto de la serranía. De un lado había

enormes peñascos, y por el otro se formaba una profunda barranca, en cuyo fondo corría el arroyo que ya conocen nuestros lectores, pues ya hemos hablado de él. No había mas espacio en este estrecho, que el indispensable para que pasara un hombre.

—Es imposible que aquí se escape el venado, dijo D. Diego, á no ser que se arroje al precipicio.

—Seguramente, dijo D. Juan. Nos pondremos detrás de esta peña y estaremos alerta. El venado en efecto pasó velozmente cerca de nuestros cazadores; pero encontrando el precipicio, dió un enorme salto, y lo salvó con felicidad, pues el barranco era, si bien profundo muy poco ancho.

Los dos cazadores dispararon sus escopetas; pero sin causar daño al venado.

—Astuto animal, dijo D. Diego; se nos ha escapado. Veamos el precipicio por donde saltó.

Los dos cazadores se acercaron.

—Es muy profundo, y dá pavor el verlo, contestó D. Juan, desviando la vista.

—Y qué dirías, D. Juan, interrumpió D. Diego, si acordándome ahora que me habeis arrebatado á la mujer que amaba, me habeis dejado agonizando en una calle, quisiera vengarme, y os arrojará en este abismo?

D. Juan, sorprendido, miró fijamente á D. Diego.

—Es una chanza, D. Juan; pero sería muy gracioso que Leonor os viniera á contemplar despeñado en el fondo de este precipicio.

—D. Diego, no os burleis. . . .

—Es una chanza, D. Juan; no os asusteis.

D. Juan, fascinado, se quedó mirando el sol que se ocultaba detrás de los montes, los pájaros que cantaban, la brisa que enviaba sus ráfagas perfumadas, los árboles que, felices, valanceaban sus copas verdes y pomposas. Luego bajó la vista á la profundidad, y un vértigo se apoderó de su cabeza. El naufragio, la felicidad que había gozado con Leonor, todo junto, indefinido, confuso, se agolpó en su mente. D. Diego, con su mirada, lo había fascinado como la serpiente á la paloma.

D. Diego entonces sonrió sardónicamente, y con su escopeta impulsó ligeramente á D. Juan por la espalda.

D. Juan vaciló un momento, quiso asirse de unas ramas, pero no pudo, y cayó al precipicio.

D. Diego inmediatamente rasgó sus vestidos, se hirió el rostro con unas ramas, tocó un cuerno de caza, y á grandes gritos comenzó á pedir auxilio. A poco los criados llegaron, y D. Diego les dijo, que á D. Juan se le había deslizado el pie, y había caído al abismo.

CONCLUSIÓN.

Cuatro años despues, una monja, fundadora

de las Capuchinas, murió en olor de santidad. Era Leonor, cuyo cuerpo se encontró lleno de cilicios y lacerado por la penitencia.

D. Diego casi en ese tiempo regresaba á España; pero naufragó en las costas de la Coruña.

EL BIBLIOTECARIO
(Escrito para el Museo)

BIBLIOGRAFIA.

Parnaso mexicano.—Obras poéticas de D. Fernando Calderon.

Las poesías líricas de D. Fernando Calderon, no admiten esas interpretaciones arbitrarias sobre los sentimientos del autor, sobre sus creencias, y acerca de la sociedad en que se ha hallado.

No obstante que se nota una diferencia palpable entre las poesías que publicó el Sr. Calderon antes del año de 37, y las que dió á la prensa despues: todas sus obras están, por decirlo así, marcadas con un sello especial.

Dulce y sentido, prefiriendo siempre la sencillez pero enérgica elocuencia del corazón, á los arrebatos ardientes y fugaces de una imaginación descarriada, prefirió Calderon, aun en medio de la fiebre del romanticismo, conmover el alma, y excitar el entusiasmo, afectando las pasiones nobles y generosas, á aterrorizar y despertar sentimientos, que aunque profundos, los abrigamos como con esfuerzo, y que no seducen, sino que arrastran, lastimando el espíritu.

El amor y la libertad; estas son las dos cuerdas sonoras del laúd de nuestro poeta: el amor íntimo y melancólico, caballeroso y apasionado: el amor ingenuo y tranquilo, sin las escageraciones absurdas de esa escuela (si así puede llamarse) que ama con rabia y con demencia, y que al encarnizamiento ficticio, sacrifica la razón y la naturaleza. Con cuánta blandura dice el autor á Amira:

Eres, Amira bella,
Mas pura que las flores;
Tus risas son amores,
Y amor es tu mirar.

Feliz cuando á tu lado
Suspiro, y tú suspiras;
Feliz cuando me miras
¡Oh Amira celestial!

La *Risa de la beldad*, es una de las poesías del Sr. Calderon, que tienen mas animación y frescura: sus comparaciones son adecuadas; los contrastes bien sostenidos y naturales,

y la fluidez de la versificación, prenda eminente de este poeta, constante y seductora.

Bella es la flor que en las aurás
Con blando vaiven se mece;
Bello el iris que aparece
Despues de la tempestad.

Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero mas que todo es bella
La risa de la beldad.

Es un arroyuelo diáfano, que murmura risueño, reflejando al cielo sereno.

Consolado á su *Amada*, llorando, padece con ella, y ansiando rendido por su felicidad, quiere él solo arrostrar la amargura.

Pero tú, muger divina,
No naciste para el duelo;
Perteneces toda al cielo,
Y en el cielo no hay dolor.

En tu boca purpúrea,
Tenga la risa su asiento,
En tus ojos el contento,
La paz en tu corazón.

El tierno, el delicado Lope, se hubiera honrado, poniendo en boca de sus mas enamorados galanes, los anteriores versos, llenos de elevación y ternura.

En la poesía titulada: *Una memoria*, leemos los siguientes cuartetos, en que despues de recordar á su amada las horas felices que pasó á su lado, exclama:

Prisma brillante, pronto te rompiste:
Ilusiones de amor, habeis pasado,
Y al pobre corazón solo ha quedado
Una memoria dolorosa y triste.

Todavía tienen para mí las flores
Y del bosque el magnífico ramaje,
Las aves y las fuentes, un lenguaje,
Lenguaje de recuerdos y dolores.

Saludo todavía al sol brillante,
Cuando aparece en el rosado Oriente;
Mas le saludo con la voz doliente
Y en lágrimas bañado mi semblante.

¿Qué fué tu amor? ¡Un sueño fugitivo!
¿Tus sollozos, tus lágrimas, mental!
Y yo te amaba y . . . ¡lo creerás, Amira!
Falsa, aun te amo, y de recuerdos vivo.

Y aspiro algunas veces á la gloria,
Porque aunque á ver no vuelva tu semblante,

Digas mi nombre, y mandes á tu amante
Un suspiro no mas, una memoria.

Esto es sentir y ser poeta, no ser sensible de adrede, ni andar á caza de metáforas violentas, ni de consonantes forzados, que malamente cubran el hielo y la pobreza de inspiraciones verdaderas.

Calderon en sus poesías eróticas, ama, haciéndose amable, y dando á su lector participio en sus sentimientos, y en estos tiempos en que parece que para escribir una poesía amorosa se toma previamente un bebedizo para trastornar á propósito el cerebro; aquella cualidad es realmente recomendable.

Pocas son las composiciones filosóficas del Sr. Calderon; entre ellas aparecen las dos traducciones de La-Martine, que nos parecen acabadas, y en que el traductor supo conservar con maestría admirable, la dulce y melancólica suavidad que les imprimió su autor. La poesía titulada: *La felicidad*, es la mas notable de las producciones de este género, y ella es un espejo en que se refleja la alma hermosa de Calderon: de la *Rosa marchita*, otros han hablado con estension.

Pero en el género en que aun no lo conocemos rival á Calderon, es en sus poesías patrióticas; allí está el poeta en toda su grandeza; desaparecen las imitaciones de Arriaza y Cienfuegos; adquiere originalidad, valentía, y dicción é imágenes, todo concurre y obedece á sus inspiraciones felices. Es una fertilidad esuberante de sentimientos nobles y sublimes. Suelta, lozana, como esos caballos salvajes, que recorren los bosques de mi patria, con la crin floante, la mirada ardiente, tendido el cuello, enseñoreándose ufanos del desierto.

El *Soldado de la libertad* (aunque imitación de Espronceda) puede ser una prueba de esa poesía vigorosa del Sr. Calderon.

Eshorta el soldado á su corcel á la lid, y le dice:

Vuela, vuela, corcel mio
Denodado;
No abata tu noble brío
Enemigos escudadores,
Que el fuego de los cañones
Siempre alívio has despreciado.

Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador.
Como un canto
De victoria
De su gloria
Precursor.

Entre hierros con oprobio
Gocen otros de la paz:

Yo no, que busco en la guerra,
La muerte ó la libertad.

Después de recordar el momento de separarse de su amada, á cuya pena se hizo superior, pensando en la patria: después de preferir su troton y humilde silla al fausto del cortesano, vuelve á eshortar á su brido.

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso,
De mostrar tu noble brío,
Y hollar del tirano impío
El pendon abominado.

En su alcázar
Relumbrante,
Arrogante
Pisarás.

Y en su pecho
Con bravura,
Tu herradura
Estamparás.

Entre hierros con oprobio,
Gocen otros de la paz,
Yo no, que busco en la guerra,
La muerte ó la libertad.

El Sueño del tirano, composición terrible y sombría, digna de Lord Byron, pinta cuán hondo es el sentimiento de terror que tales monstruos inspiran al poeta. Es una fiebre, una pavorosa pesadilla; es el remordimiento cruel que puebla su sueño de fantasmas atroces, que le escarnecen y fijan en él sus miradas inabundantes y funestas.

Del lecho se lanza
Con grito doliente,
Se inunda su frente
De frío sudor.

Parece que escucha
La voz del destino,
Y el trueno divino,
De justo furor.

Sus ojos causados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad.

Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida,
Clamando piedad.

Mas no, que ya dada
Está su sentencia,
En vano clemencia
Demanda su voz.

Ya tiene con fuego
Marcada la frente,

Del vil delincuente,
La mano de Dios.

Seria necesario reproducir aquí, una á una las poesías patrióticas de Calderon, para notar el fuego, la grandiosidad, y el acierto con que este bardo de la libertad, ha enriquecido sus producciones.

Citaremos por último, los versos puestos en boca de Alonso, en el romance titulado: *Adela*, que ve por primera vez la luz pública, en esta preciosa colección.

“Gloria! ¡gloria! palabra sonora,
Que repiten la tierra y el cielo,
Del sufrido soldado consuelo,
De los héroes brillante deidad.

Yo tambien por tu nombre suspiro,
Que tus alas me cubran espero,
Y en mi mano tal vez el acero
Con celeste fulgor brillará.

Tal vez pronto el infame coloso
Que hoy oprime con mano inelente,
En vil polvo snmida la frente,
El escarnio del pueblo será.

Yo tambien, á los libres unido,
Vibraré denodado la espada,
Y mi frente será coronada
De laurel y de palma inmortal.

Mas si acaso en la lucha perezo,
Bella jóven, mital de mi vida,
De tí sola y mi patria querida
Mi postrero suspiro será.

Ve á la tumba que guarde mis restos,
Y sobre ellos derrama tu llanto;
Mi aflicción y mi acervo quebranto,
Con tu sombra tal vez calmará.”

Divagados en la contemplacion de las bellezas en que abunda esta colección de poesías líricas, abandonamos la tarea de que note sus lunares á otra pluma mas imparcial, ó mas afectuosa á esa clase de ingrato trabajo: nosotros, dando rienda suelta á las efusiones del singular afecto que profesamos al poeta, le felicitamos cordialmente, porque su gloria ilustra nuestra literatura; porque su nombre es ornamento de nuestra patria; porque en la brillante edición de sus obras, se le ha erigido un monumento, digno de su ingenio sobresaliente. Y hoy que aun jóven el autor, víctima de una enfermedad dolorosa, toca las puertas del sepulcro, en vista de sus obras, cerciorados de su valimiento, amantes de su persona, como sus hermanos, elevamos á Dios nuestros votos por su alivio. No permita el cielo que cuando el sol de su gloria se levanta, en vez de derramar su luz sobre la frente de nuestro poeta, alumbré únicamente el lugar en que reposen sus cenizas!!!

LL. RR.

HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO.

XXXIII. DISCURSO HISTORICO

Pronunciado por el Sr. Licenciado D. José María Lacunza, Catedrático de Humanidades en el Colegio de San Juan de Letran.

IGNORAMOS si los primeros pobladores del continente americano, han desaparecido de él por una de aquellas revoluciones de la naturaleza con que las naciones se borran enteramente de la faz de la tierra. Ruinas nuevamente encontradas, ostentan una magnificencia y grandiosidad, que son la huella del paso por este suelo de una raza de hombres muy superior á la que los europeos encontraron en él, y esto conduce á la idea de pobladores mas antiguos, cuyas generaciones se extinguieron. Acaso las cuestiones sobre la poblacion primitiva del mundo, llamado nuevo respecto de la proyecta Europa, y de la Asia envejecida, tendrían su resolución en esos pueblos muertos; pero hasta hoy las ideas del hombre no pasan en este punto de probabilidades, y la oscuridad de lo pasado, no ha podido iluminarse con la luz de la historia.

Aun la de los pueblos cuyos descendientes viven entre nosotros, y que ocupaban la América, el tiempo en que la Europa se lanzó sobre ella, es sumamente incierta. Estos pueblos no estaban muy avanzados en la carrera de la civilización, y su modo de conservar y transmitir al porvenir sus acontecimientos, era imperfecto. La representación material y grosera de los hechos en frágiles hienzos, ó geroglíficos de clase dudosa para nosotros, eran su lengua á la posteridad, y esta ve hoy figuras confusas y de difícil y disputada inteligencia. La conquista pasó sobre la casi totalidad de las naciones de América como una renovación entera de la sociedad, que destruye todos los elementos de la antigua: artes y ciencias, si tales podían llamarse las de los americanos; gobierno y religion, todo desaparecía para hacer lugar á las nuevas instituciones que cruzaban los mares bajo la protección divina de la cruz, y la invencible espada de los conquistadores.

La Iglesia en aquellos dias de calamidad para los antiguos habitantes, solía levantar su voz en favor de los hombres, y hablar de perdón y esperanza á los vencidos, y de humanidad á los vencedores; pero no daba treguas al antiguo culto, ni transigía con otra religion, y en

la completa ignorancia del significado de los manuscritos que encontraba, creía que sus horrorosas figuras eran abortadas por el infierno, y condenaba á destruccion completa todo lo que creía obra de Satanás, y restos de la antigua superstición. La espada de los guerreros de Europa aniquilaba los sabios, y el celo de los sacerdotes cristianos destruía los monumentos y los geroglíficos, que consideraba como análogos á los ídolos.

Entre la oscuridad de las tradiciones americanas, aparece que la mas notable de las antiguas razas que ocuparon el pais de Anáhuac, gran parte del que se llamó despues Nueva España y hoy República Mexicana, fué la de los toltecas. Viniendo del Norte, aunque no es seguro de qué region, por el siglo VII. de la era cristiana llegaron al territorio de Anáhuac, trayendo consigo algunos conocimientos en agricultura y en muchas artes mecánicas; se cree que se les debe el arreglo del tiempo que usaban los mexicanos, y que fueron las fuentes de la civilización de esta parte del globo. Establecieron su capital en Tula, y al tiempo de la conquista se asegura que habia allí restos de grandes edificios: hoy esta es una poblacion de poca importancia.

Después de un periodo de cuatro siglos, los toltecas, que habian entendido su dominación á países remotos, muy disminuidos ya ellos mismos por la hambre, la peste y otras calamidades, desaparecieron de un modo tan incierto para nosotros como habian venido. Tal vez algunos de ellos emigraron á otras regiones, y las ruinas de Mitla y el Palenque, hacen pensar en ellos, cuando se buscan sus autores.

Después de otros cien años, una tribu numerosa de chichimecas, vino de las regiones remotas del Noroeste á ocupar el pais abandonado. Pronto fueron seguidos por otras razas mas civilizadas de la familia acaso de los toltecas, cuya lengua parece que hablaban. Las mas distinguidas de aquellas tribus fueron las de los aztecas y de los aculhuas. Los últimos se instalaron en Tezcooco. De la mezcla de estas razas, con los pocos toltecas que habia